

Juliet
Grames

**LAS SIETE Y UNA VIDAS
DE STELLA FORTUNA**

Traducido del inglés por Carmen Francí Ventosa

Título original: *The Seven or Eight Deaths of Stella Fortuna*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2019 by Juliet Grames
© de la traducción: Carmen Francí Ventosa, 2019
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-645-4
Depósito legal: M. 23.737-2019
Printed in Spain

A mis abuelos inmigrantes,
Antonette Rotundo y Serafino Pasquale Cusano.
Y especialmente a mi abuela no biológica,
Concetta Rotundo Sanelli

Prefacio

Esta es la historia de Mariastella Fortuna segunda, llamada Stella, nacida en Ievoli, un pueblo de montaña situado en Calabria (Italia), y en fechas más recientes habitante de Connecticut (Estados Unidos de América). Su vida abarcó más de un siglo y durante todos esos años sobrellevó gran cantidad de penurias y de mala suerte. Esta es la historia de cómo no llegó a morir nunca.

En el transcurso de sus cien años, la segunda Stella Fortuna (en breve te contaré, lector, la historia de la primera) estuvo a punto de morir ocho veces, o siete, según cómo se cuente. Recibió golpes y sufrió conmociones, se asfixió y tuvo hemorragias e incluso fue víctima de una lobotomía. Estuvo parcialmente cubierta de aceite hirviendo, la abrieron en canal desde el esternón hasta los intestinos en dos ocasiones distintas y una vez salvó la vida tan solo por un error tipográfico. Y en una ocasión estuvo a punto de suicidarse accidentalmente.

El hecho de que se viera expuesta a tantos peligros ¿fue fruto de una terrible mala suerte o, dado que sobrevivió a ellos, se debió a su terrible buena suerte? Lo cierto es que no soy capaz de decantarme por ninguna de las dos opciones. En cualquier caso, son muchas aventuras para una sola vida, pero los calabreses somos muy duros. Somos famosos por una terquedad que va más allá de lo razonable y de la preocupación por nosotros mismos o nuestro bienestar. Durante tantos siglos de nuestra historia hemos tenido tan poco por lo que luchar que este instinto se ha convertido en algo irreprimible: cuando tomamos una decisión, la fuerza de

nuestra voluntad se impone a toda amenaza de desorden, caída en desgracia o a la muerte misma. Stella Fortuna luchó obstinadamente por sobrevivir en siete (u ocho) ocasiones distintas. Ojalá pudiera decir que nadie se lo ha reprochado.

Casi todo lo que sé sobre la extraordinaria biografía de Stella me lo ha contado su hermana pequeña, Concettina, que también sigue viva. Ahora tiene casi cien años y se llama Tina Caramanico. «Tina», porque «Concettina» resultaba demasiado anticuado para los Estados Unidos, y «Caramanico» porque, según le explicaron, aquí, en los Estados Unidos, la mujer toma el apellido del marido en lugar de conservar el del padre.

La tía Tina vive sola en las pantanosas tierras bajas de Dorchester, Connecticut, en la casa que su marido construyó para ella en 1954. Su marido está muerto, por supuesto, así que solo cocina para ti cuando vas a visitarla. Probablemente no vayas con la frecuencia que debieras, y cuando por fin vas, es una ofensa para la tía Tina lo poco que comes. Parece el típico chiste de la abuela italiana, pero para Tina Caramanico es algo serio. Hay dos formas de manejar esta crisis de sobrealimentación: puedes gritarle para que deje de servirte comida en el plato y luego sentirte culpable por tratar mal a una anciana. O puedes evitar el conflicto, comer sin rechistar y sufrir después un malestar solo físico. Cuando llevé a mi marido para que la conociera, la tía Tina me dijo con admiración: «Qué bien come». Son cosas que dicen las abuelas italianas de los hombres que no les gritan durante la cena.

Cuesta recordar que la tía Tina tiene noventa y muchos años; parece tan rosada, sudorosa y enérgica como a los sesenta y cinco. Sus ojos castaños están algo turbios pero brillantes; sus fuertes nudillos destacan y los tendones de las manos le sobresalen furiosos sobre los huesos de la muñeca, como si desearan agarrar algo: una cuchara de madera, un ablandador de carne, la mejilla de un sobrino nieto. En todo momento brilla con la transpiración de una actividad frenética y luce un bigote de perlas de

sudor. Se ha encogido con la edad —ahora mide menos de un metro sesenta, aunque en otros tiempos medía un metro setenta, era alta en su época—, pero tiene los brazos recios y musculosos. Es bien sabido que acudió a «ayudar a limpiar» la casa de mi prima Lyndsay cuando esta estaba embarazada y sacudió la alfombra trenzada de la cocina con tanta energía que la desintegró por todo el porche trasero. Al final, desde luego, quedó todo muy limpio.

Los recuerdos familiares son una cuestión delicada; repetimos algunas historias hasta el aburrimiento mientras que otras caen inexplicablemente en el olvido. O tal vez no suceda inexplicablemente; tal vez algunas historias, si se recordaran, encajarían mal en el relato actual de la familia. Una generación las mantiene, la siguiente no las conoce y luego desaparecen, borradas por fragmentos más amables.

Creo que fue por este motivo que era ya mayor cuando oí por primera vez la historia de las siete (u ocho) casi muertes de Stella Fortuna. Una tarde, estaba sentada a la mesa de la tía Tina comiendo pan de calabacín cuando me las contó.

—Todo el mundo sabe lo del Accidente —recuerdo que dijo—, pero ¿sabes la historia de las berenjenas?

—¿Qué berenjenas? —pregunté con cierto recelo.

—Cuando a Stella casi la asesinan las berenjenas.

—¿Berenjenas?

Miré por la ventana en dirección a la mata de calabacines sicilianos de más de un metro que colgaba del emparrado del jardín trasero de la tía Tina. Nunca había oído decir que la vida de una persona pudiera estar en peligro por culpa de una hortaliza, pero tampoco parecía fuera del reino de lo posible.

—¿De dónde crees que vienen las cicatrices que tiene en los brazos?

Y, además, estuvo a punto de morir en seis ocasiones más —seis o tal vez cinco—. La tía Tina las contó con sus huesudos dedos de

color tostado: los cerdos, la escuela, el barco (asunto polémico), el violador, el médico imbécil, la asfixia.

Mientras Tina recitaba la letanía de traumas, me invadió una cálida náusea. Cuántas veces Stella había estado a punto de morir; qué violencia surrealista había soportado su cuerpo; qué improbable, desde un punto de vista estadístico, que hubiera sobrevivido. Escuché la lista de Tina mientras la saliva se me secaba en la boca; el pan de calabacín, que ya era de por sí bastante denso, se volvió difícil de tragar. Tuve la misma sensación de desamparo terrible que uno experimenta cuando está sentado al lado de una persona que tose en un autobús y sabe, es plenamente consciente, que va a pillar lo que tenga, sea lo que sea. Me había contagiado con la historia de Tina, la historia de la vida y las muertes de Stella Fortuna.

—Tía Tina —le pedí cuando terminó la lista—, ¿podrías repetirlo otra vez para que lo apunte todo?

Yo estaba registrando ya el cajón de lápices y cupones de descuento en busca de algún sobre viejo de la factura del teléfono para tomar notas.

Tina dudó unos instantes mientras contemplaba mi bolígrafo preparado para escribir. Más tarde, cuando conocí toda la historia, me pregunté qué le habría estado pasando por la cabeza en aquellos largos momentos. Por fin la vacilación terminó y dijo con decisión:

—Te lo cuento y lo escribes todo.

—Sí, por favor —dije. Se quedó mirándome con sus ojos brillantes, ribeteados de rosa. No sabría decir si tenía una expresión de entusiasmo o de tristeza—. Cuéntame todo lo que recuerdes.

—Algunos trozos son feos —me advirtió, en honor a la verdad.

Pero ¿quién es capaz de comprender o de creerse una advertencia semejante?

De todas las fuentes que tengo, Tina Caramanico es la más importante. Ahora, pasados los años, me parece que estaba deseando

contar las cosas tal como fueron. Conocía todos los detalles mejor que nadie vivo o muerto porque había estado siempre presente, junto a Stella. Es la persona más involucrada: es quien tiene más motivos para contarme toda la verdad, pero también las razones más poderosas para ocultarla.

Ahí sigue, al lado de Stella, aunque hace treinta años que las hermanas no se hablan.

Al otro lado de la calle, frente a la casita blanca con una sola planta de Tina, a menos de cuarenta metros de distancia, Stella está sentada en un sillón junto al ventanal de su propia casita blanca de una sola planta. Es una situación ideal para que las hermanas se espíen, a pesar de lo distanciadas que están, y atisben el camino de entrada de la casa de la otra para comprobar qué pariente visita a quién. Stella pasa gran parte del día junto a la ventana, haciendo ganchillo y empezando colchas que nunca termina. Está atrapada en la prisión de su mente, igual que el resto de su familia, aunque solo Stella sabe cómo es el interior de esa cárcel.

Hacia las once de la mañana, Stella desaparece del ventanal para echarse un rato. A esa hora, Tina recoge la comida que ha preparado para Stella —una sopa de verduras o un plato de chuletas de cerdo—, cruza la calle a toda prisa y entra por la puerta trasera. Tina deja la comida sobre la cocina y se marcha a tanta velocidad como le permiten sus casi cien años de edad. Stella solo se comerá los alimentos que guisa su hermana si todos fingen que no sabe quién los ha preparado. Más tarde, el sobrino de Tina, Tommy, limpiará la cazuela o la fuente y la devolverá a la casa situada al otro lado de la calle.

La octava casi muerte de Stella Fortuna, conocida como el Accidente, ocurrió en diciembre de 1988 y tuvo como consecuencia una hemorragia cerebral y una lobotomía para salvarle la vida. En aquel entonces se trataba de una intervención experimental y el

cirujano consideró que no era probable que sobreviviera; y que, de hacerlo, pasaría el resto de su vida en una silla de ruedas alimentada por una sonda. Como es patente, el cirujano se equivocó. Stella, la superviviente, sobrevivió una vez más. Pero con lo que sabemos ahora, transcurridos treinta años, podemos ver que el Accidente destrozó algunas vidas: de hecho, sigue destrozándolas.

La ruptura más difícil —la más enigmática— tuvo lugar entre Stella y Tina. Durante sesenta y siete años habían sido las mejores amigas, compañeras constantes, pero cuando Stella despertó del coma se negó a hablar nunca más con su hermana por razones que no ha sido capaz de explicar. O tal vez es que nadie ha estado dispuesto a escucharla cuando lo ha intentado.

Desde que eran niñas, las vidas de Stella y de Tina estuvieron entrelazadas, fueron la urdimbre y la trama de la misma tela. Durante veinticuatro años las hermanas durmieron en la misma cama, hasta que el matrimonio las separó. A partir de entonces, vivieron en casas vecinas que daban sobre el mismo jardín trasero, un terreno pantanoso, y compartieron diariamente comidas y chismes durante cuarenta años más. ¿Qué hizo que la mente manipulada de Stella se volviera contra su hermana? ¿Contra Tina, la dulce anciana que ha cocinado para Stella, ha limpiado su suciedad, ha llorado por ella durante las diez largas décadas de sus vidas?

¿A qué puede deberse?

La solitaria historia de la tía Tina —la desdeñada hermana desinteresada, dedicada a cuidar con mano invisible a su mejor amiga perdida— siempre me ha atraído hacia ella. Una tragedia humana, pensaba. Pero cuando me he hecho mayor me he dado cuenta de que hay otra tragedia todavía más evidente: la de Stella. Quienes recuerden a Stella Fortuna se acordarán de la persona que ha sido durante el último tercio de su vida, demente y resentida. He visto cómo la tarea de cuidar de Stella durante treinta años ha erosionado los afectos de su propia familia; cuando cuentan historias

sobre ella, recuerdan las peores, aunque no creo que se den cuenta. Y no los culpo: no han sido treinta años fáciles. Stella todavía no ha muerto —a este paso, no se va a morir nunca—, pero todo el bien que hizo en este mundo se ha olvidado y enterrado.

Por ese motivo he dejado mi vida a un lado para escribir este libro. Espero que los frutos de mi obsesión sean el redescubrimiento de Stella Fortuna, una explicación de su extrañísima vida y la rehabilitación de su buen nombre. He tratado de reconstruir aquí las piezas de su legado ausentes en lo que los vivos recuerdan de ella. Lo que sigue es el resultado de mis mejores esfuerzos, los cuales han dependido en gran medida de los recuerdos anecdóticos, así como de mi propia investigación. Quiero expresar aquí mi más sincero agradecimiento a la familia, amigos, enemigos, bienhechores, víctimas, vecinos y otros *conoscenti* de Mariastella Fortuna que han sido tan generosos con su tiempo y sus aportaciones. Cualquier error en relación con los hechos o el análisis corresponde por entero a la autora.

Brooklyn, Nueva York, 2019

Las siete y una vidas de
STELLA FORTUNA

Primera parte:
Infancia

I ligna comu su fhanu e vrasce,
e l'agianti comu su fhanu e cose.

*El fuego es tan bueno como la madera que quema;
de tal autor, tal obra.*

PROVERBIO CALABRÉS

Quandu u gattu un c'è i surici abbalanu.

Cuando el gato no está, los ratones bailan.

PROVERBIO CALABRÉS

Primera muerte:
Quemaduras
(Desarrollo cognitivo)

El pueblo de Ievoli, encajado en el acantilado de la meseta más alta de una montaña mediana situada en el centro de Calabria, nunca fue muy grande. Cuando Stella Fortuna era pequeña, en el momento de mayor esplendor de Ievoli, solo contaba con seiscientos habitantes hacinados en sus casitas de piedra. Si digo que Stella Fortuna era una chica especial espero que no se entienda que era una chica de pueblo peculiar. Muchas personas han subestimado a Stella Fortuna a lo largo de su vida y todas lo han lamentado.

En primer lugar, hablemos de su nombre, que ninguna mujer de menor talla podría haber llevado con dignidad. Recibió el nombre de su abuela, cosa muy apropiada, si bien llamar a una niña «Stella» y «Fortuna» —suerte de estrella o tal vez estrella de la suerte— no deja de ser un nombre terrible para una niña. No hay mejor manera de atraer el mal de ojo que jactarse de la buena fortuna; un nombre como Stella Fortuna era un imán para los problemas. Y se crea o no en el mal de ojo, lo cierto es que no queda más remedio que reconocer que Stella tuvo muchos problemas.

—Pero también he superado muchos —le recordaba a Assunta, su madre. Si bien tal vez Assunta no era muy partidaria de la disciplina, lo cierto era que acostumbraba a preocuparse por todo.

Sin duda, Stella Fortuna destacaba y no solo por su nombre. También por su aspecto. A los dieciséis años, cuando partió de Ievoli rumbo a los Estados Unidos, Stella Fortuna era la chica más

guapa del pueblo. Tenía unos pechos grandes que temblaban cuando reía y se agitaban hipnóticamente cuando bajaba por el camino empinado de la montaña que cruzaba el pueblo. Stella los había heredado de su madre; su hermana menor, Cettina, había tenido menos suerte en el apartado de herencias y le había correspondido el trasero materno, que, por otra parte, no era nada del otro mundo. Stella tenía las mejillas claras, bronceadas y tan lisas como las aceitunas y sus labios fruncidos parecían tan tiernos y rosados como el interior de un higo maduro; en resumen, Stella era una ensalada de frutas de los deseos de cualquier varón de Ievoli. Tenía cicatrices, es cierto, la media luna en la frente y los puntos en los brazos, pero las cicatrices resultan atractivas cuando se conoce su origen, y en un pueblo del tamaño de Ievoli todo el mundo lo sabe todo. Stella era provocativa sin esfuerzo y categóricamente poco complaciente. Cuando salía a la calle para dar el paseo de la tarde, la *chiazza* callaba, sobrecogida, pero Stella Fortuna no se daba cuenta o no le importaba. Las curvas suaves de su figura hacían que los hombres y los jóvenes osados olvidaran sus ojos oscuros e implacables, y ella avanzaba, ridiculizando a los imprudentes.

A Stella le daba absolutamente igual su atractivo. Había decidido ya que no se casaría y tanto le daba que su físico atrajera a los pretendientes. Escandalizaba a la buena y obediente Cettina con el trato áspero que daba a los aspirantes. Más adelante, las hermanas pasarían treinta años peleadas, pero nadie en el mundo habría podido imaginarlo entonces, pues cuando eran niñas eran las mejores amigas. Los pretendientes las abordaban juntos porque siempre estaban juntas.

—¡Tienes que ser más amable, Stella! —decía Cettina a su hermana, temerosa. Era la menor de las chicas Fortuna, pero se preocupaba por Stella casi tanto como Assunta. Dada la mala suerte de Stella, no era de extrañar—. ¡Dicen que eres una golfa!

—¿Y de quién es el problema? —respondía Stella—. Mío no es.

Stella no era exactamente vanidosa en relación con su aspecto físico —nunca había visto su reflejo en un espejo—, pero era

motivo de satisfacción saber que era la más guapa. A Stella le gustaba el poder y su carisma era uno de los mayores poderes que tenía al alcance de la mano, uno de los pocos que podía ejercer una mujer joven de un pueblo del sur de Italia en el periodo de entreguerras.

En tercer lugar, poseía talento natural. Le gustaba ser la mejor y lo era en la mayoría de las cosas. Era la mejor bordadora del pueblo; sus gusanos de seda producían más que los demás y era quien más castañas pelaba durante un día de cosecha en los huertos de *don* Mancuso. Era rápida con los cálculos numéricos y era capaz de establecer combinaciones; tenía buena memoria y siempre ganaba las discusiones porque era capaz de citar textualmente a sus oponentes mejor que ellos mismos. Se llevaba bien con los animales e incluso las malditas gallinas ponían más huevos cuando ella les daba de comer por la mañana. No era la mejor cocinera, de modo que no cocinaba en absoluto: era importante conocer los límites propios y no perder el tiempo intentando hacer de modo mediocre algo que otros podían preparar en su lugar. Stella era rápida de ingenio y autosuficiente, no era fácil engañarla ni aprovecharse de ella. Había heredado la disciplina de su madre y la desconfianza de su padre, con lo que era trabajadora pero astuta. Stella Fortuna era capaz de hacer cosas y cualquiera deseaba tenerla a su favor, no en contra.

En cuarto lugar —y ese era el mayor motivo de respeto del pueblecito calabrés y lo que más problemas le acarreó cuando se marchó—, Stella Fortuna era dura. La vida había intentado acabar con ella y Stella Fortuna se había resistido. Las cosas malas que le habían sucedido solo habían conseguido hacerla más terca, más vengativa, menos negociadora. Stella no se permitía ninguna debilidad y no la toleraba en los demás. Con la única excepción, por supuesto, de su madre, que precisaba dispensas especiales.

A los dieciséis años, cuando se marchó de Ievoli, Stella Fortuna había casi muerto tres veces: de ahí las grandes cicatrices. Contaré ahora las muertes de Ievoli. Su familia las define, cariñosamente, como «el ataque de las berenjenas», «la historia de los cerdos» y

«la puerta embrujada». En mi opinión, son estas las más raras de sus muertes, pero es natural: en aquel remoto pueblecito de la montaña, hace cien años, todo era un poco más raro de lo normal. La modernidad ha arrebatado parte de la magia del modo en que vivimos y morimos.